

derecha del sacristan conductor, que se extendieron en silencio, salimos de la Catedral, tomámos nuestro desayuno, y nos dirigimos á la administracion de correos á esperar la hora de partida.

Aquel dia, ¡ cosa rara ! en la capital de Castilla no se encontró un solo Castellano, y en aquella cristianisima ciudad no se halló un solo Católico.

Es decir (porque no padezca mucho tiempo la reputacion religiosa y española de aquel pueblo), aquel dia no se recibió en Búrgos ni un *Castellano* ni un *Católico* (periódicos). Aviso á la principal de correos de Madrid, aviso á los suscritores á periódicos y desengaño á Gerundios periodistas.

« Al coche, señores, » dijo el mayoral; obedecimosle como doctrinos, y salimos de Búrgos.

#### Vamos andando.

Mucho me detuve ayer en Búrgos, por lo cual será preciso hacer hoy mas de prisa la jornada. ¡ Ah ! las intenciones buenas son, ¿ pero como he de apresurarme, pobre de mí, si á poco mas de un cuarto de legua se rompió una de las piezas principales del coche, y tuvimos que apearnos todos, y usar de martillos y de clavos, y de abrazaderas, y de tenazas, y hasta del *gato*, y sentimos que no hubiese allí una fragua ó un taller de carruajes, y trabajámos todos como *negros* (perdónenme los ingleses un lenguaje tan contrario á su sistema de emancipacion), y nos llevó la operacion larga média hora?

Yo no diré que este fracaso consistiera en lo descuidados ó mal parados que tenga los carruajes la empresa de postas; porque verdaderamente habia muchos motivos para aquella ruptura; en primer lugar el terreno llano, en segundo el camino bueno, en tercero el piso bien enjuto, y en cuarto que el coche llevaba pocos hombres, bastantes bestias, y casi ningun peso: circunstancias todas que prueban que el carruaje iba bien acondicionado, por cuya razon la empresa no debe ser responsable de los retrasos del correo.

Pero todos los retrasos pueden resarcirse, y el mayoral, siguiendo el ejemplo de las Córtes del año pasado que al principio se llevaron unos cuantos meses sin hacer nada, y luego en mes y medio nos daban á ley por dia, cuando no salíamos á ley por mañana y ley por noche, procuró compensar el tiempo perdido, y pasando velozmente, así á lo Balmaseda, por la Brújula, que

se dice el punto mas alto de España, de no muy grata memoria para el conde Negri, por el fértil y ameno valle de Bureba y por el monasterio de Rodilla, antiguo tránsito de una calzada de los romanos, llegámos mas pronto de lo que habíamos creído á Bribiesca; á aquella linda villa, por cuyo modelo hicieron los Reyes Católicos la ciudad de Santa Fe en la vega de Granada, y en que tuvieron su origen el título de *Príncipe de Asturias*, para el heredero presuntivo de la corona de Castilla, y los condestables del duque de Frias de que hoy es digno ramal el que hace dos años hemos tenido de ministro de Estado y presidente del Consejo de ministros, y que si nos descuidamos nos vuelve, así á lo tonto, á los tiempos en que las Bribiescas se daban en aguinaldo á los Pedro Fernández de Velasco y otras yerbas.

Aunque no hubiera leído la topografia de aquella villa, ni visto la feracidad de su terreno, hubiérame bastado la comida para conocer que era abundante de pan, vino, ganados, frutas, caza y pesca. Esto era lo que á Tirabeque le importaba, y no su celebridad por las guerras civiles contra D. Pedro el Cruel y su hermano D. Enrique, duque de Trastamara; y en la mesa le dejé apurando los postres para ir yo solo á ver de repente los dos estanques de aguas minerales de 50 piés de circunferencia cada uno, y cuyos nombres parecen puestos por algun político de esta época, pues el uno se llama el Pozo *Blanco* y el otro el Pozo *Negro*, si bien no dejan de ofrecérsenos ejemplares de que uno mismo sabe hacer á *blanco* y á *negro* con envidiable frescura.

#### Entre dos peñas feroces.

Al traves de dos montañas calizas que se van gradualmente estrechando, fuimos desde el pequeño pueblo de Santa María hasta Pancorbo. Aquellas montañas forman parte de los *Montes de Oca*, por los cuales se juntan los Pirineos con las montañas mas setentrionales de España. Yo no sé si sería la identidad de nombre la que movió al ex-ministro *Montes de Oca* á ir á buscar aventuras por aquel país que da entrada á la provincia de Álava, pues no veo qué otra razon pudo impulsar á un andaluz á ponerse al frente de una insurreccion alavesa. Pero dejemos á este desgraciado, que bien cara pagó su temeridad importuna, y coloquémonos con Tirabeque entre las dos peñas feroces que forman la estrecha *garganta*, á cuyo pié está la antigua villa de *Pancorbo*. Al verse Pelegrin entre aquellas formidables rocas que parece

van á desplomarse sobre el viajero, y que efectivamente forman uno de los pasos mas imponentes de España, perdió un poco el color, y mirando al cielo dijo : « Señor Dios de las alturas, yo soy un miserable mortal... » y como el estrecho no es mas que de diez á doce pasos, al llegar al « mortal, » se vió fuera del peligro y continuó : « que no temo pasar por los sitios mas peligrosos del mundo. »

El viajero intenta ya en vano descubrir con la vista los restos de la famosa batería de Santa Bárbara, que estuvo en una eminencia sobre el costado derecho del pueblo, y que tan célebre y tan temible se hizo en tiempo de las irrupciones de los moros; y apenas podrá divisar los vestigios de los fuertes de Santa Engracia, Santa Marta, Ánimas, Cruz, etc., que en el mismo sitio se construyeron despues, y que destruyeron hasta no quedar piedra sobre piedra los cien mil *angulemos* dichosos que en el año 23 vinieron á traernos las cien mil simpatías de acero absoluto de parte de la vecina.

#### San Isidro y un comisario de guerra.

Apretaba el sol tan sin piedad como una comision militar por la llanura que desde la garganta de Pancorbo conduce á Miranda de Ebro, punto constantemente guarnecido de nuestras tropas durante la pasada guerra civil, de la cual se veian á cada paso reliquias en los fuertes y casas aspilleras que frecuentemente se encontraban.

Miéntas el conductor despachaba su correo en aquella oficina, Tirabeque y yo nos dimos á echar *una mirada por Miranda*. Nuestros devotos piés nos llevaron insensiblemente al pórtico de un templo, que si no me es infiel la memoria, era la parroquia de san Isidro. Daré las señas; es la iglesia en cuyo portal hacen ahora los carabineros de Hacienda y dependientes de la aduana el registro de los efectos y mercancías, de manera que á veces acontece que el párroco va á decir misa y halla interceptada la puerta de la iglesia con un maletón revuelto ó con un fardo de géneros de algodón decomisado. Un venerable anciano, al parecer sacristán jubilado sin sueldo, tuvo la bondad de franquearnos la entrada en la iglesia, que es ciertamente bien pequeña y humilde. Hacia de pila del agua bendita una aljofaina de loza como la que ordinariamente usa Tirabeque para su *toilette*, sin exageracion alguna; verdadero emblema de lo que nuestros legisladores han cuidado desubvenir á las atenciones del culto. Enseñónos el an-

ciano un san Isidro que en un altar de la derecha, al lado opuesto de un san Agustín buen mozo, habia, y del cual nos dijo : « este san Isidro tenia ántes un baston de mucho valor en la mano. — ¿ Qué se hizo pues? le pregunté yo. — Se lo llevó, me dijo, un comisario de guerra que hubo en esta plaza, diciendo que á él le venia muy bien. — Qué me gusta, replicó Tirabeque, la confianza del señor comisario, pero en parte les está á Vds. bien empleado, para que otra vez no pongan Vds. bastones de precio en manos de un Labrador en quien estaria mejor una ahijada y una reja. — Y si la reja era de plata como la merece el santo bendito, repuso el sacristán, ¿ estaria segura de comisarios? — Punto para el sacristán, le dije á Pelegrin; y tomándole del brazo, volvimos á buscar la silla de posta.

#### Bien sería, pero no es necesario.

Al pasar la columna de piedra que demarca el límite extremo de Castilla y la entrada de la provincia de Álava, teatro de una guerra sangrienta de siete años entre hijos de una misma patria, no puede dejar de experimentarse una sensacion difícil de definir, porque no sé cuál de las dos impresiones opuestas es mayor y mas fuerte, si la del doloroso recuerdo de su larga duracion y sus horrores, ó la de la dulce satisfaccion de verla terminada y fenecida.

Es de suponer que al llegar aquí esperarán mis lectores, y parece que tienen derecho á esperarlos, que puesto que entro en un país tan fértil en recuerdos históricos recientes, que cada paso que por él se da, trae á la memoria un brillante hecho de armas, ó un contratiempo lamentable, ó una imperdonable sorpresa, ó la apatía de un general de division, ó la actividad de un jefe de columna, ó la muerte gloriosa de un héroe, ó el arrojito de un soldado desatendido, ó el bárbaro martirio de un prisionero, ó la valentía de un fanático carlista, ó la peregrinacion de un pretendiente ambulante, ó los decretos sanguinarios de una junta rebelde; en un país en que cada cerro es una historia, cada colina un catálogo de sucesos, cada valle un compendio de vicisitudes bélicas, cada pueblo un libro de calamidades y desgracias, y cada comarca una galería de cuadros ensangrentados; esperaran, digo, que haya yo de exornar mis observaciones de viajero con la reseña de los principales sucesos acaecidos durante la guerra en cada pueblo de mi tránsito.

Bien sería, hermanos míos, pero no es necesario; lo que en la presente ocasion equivale á decir, «no es posible.» Y esta imposibilidad, de que no tiene la mas mínima culpa Fr. Gerundio, puesto que él ni ha sido ni es general, ni jefe de estado mayor, ni coronel, ni comandante, ni auditor de guerra, ni comisario, ni siquiera alférez, ni físico, ni capellan de regimiento siquiera, ni jamas ha pertenecido al ministerio de la Guerra, ni sido oficial de ninguna inspeccion; esta imposibilidad pues, me hizo exclamar entónces (y es idea que ha hecho conmigo todo el viaje de ida y vuelta): «¿es posible, Señor Dios de los ejércitos, que despues de dos años de concluida la guerra, entre tantos militares ilustrados como tenemos, no haya habido una buena alma, sea de brigadier, ó coronel, ó comandante, ó capitán, ú ordenador, ú oficial de secretaria, ó ayudante, ó cabo furriel que fuera, que haya concebido el pensamiento de hacer una *guía del viajero* con una sucinta historia de los principales hechos de armas que hacen interesantes los pueblos de esta carrera: lo cual daría instruccion y entretenimiento al viajante, curiosidad y conocimiento al extranjero, importancia á estas poblaciones, datos á nuestra historia, gloria á nuestras armas, y hasta provecho y aumentos al bolsillo del escritor? ¿Es posible que el pasajero que quiera recordar algunas noticias de este célebre país, haya de tener que brujulear la *Revista militar* de San Miguel, el escaso folleto titulado *El campo y la corte de Don Carlos, ó les Mémoires du Prince Lichnowiski*, tan extranjeras como son, ó bien consultar al tomo á la rústica del zagal que arrea las mulas, ó á la provinciana en média pasta que asiste á la mesa y sirve la comida?»

Ello es que así sucede, y que el viajero que por aquellos históricos pueblos transita, echa de ménos un manual de recuerdos para sí, cuanto mas para transmitirlos á otros, y no puede dejar de entonar un *Laudamus* á la desidia española que así ha descuidado un punto de que los extranjeros hubieran sacado un partido incalculable en provecho particular y del país. En fin, lavo mis manos en la materia, y prosigo mi ruta.

#### Provincias vascongadas.

Desde la fértil y deliciosa llanura de la Puebla de Arganzon, bañada por el rio Zadorra de abundante y sabrosa pesca, se divisaba á lo léjos en una altura el famoso castillo de Guevara, que sufrió mas ataques que le esperan ahora al ministerio, y le espe-

ran muchos. Pasámos por el desfiladero de las dos montañas las *Conchas*, solo comparables á las conchas de cierto galápagos frances que figura en primera línea entre los hombres de la Europa moderna; y llegamos á Vitoria á tiempo de poder ver con la luz del dia la famosa plaza, que aunque hermosa, no me pareció tan admirable como la fama la predica, y que en mi entender tiene que rendir párias á la de Salamanca, perdoneme este parecer el hermano Obaquibel, su arquitecto y director.

Miraba yo á Vitoria como el centro histórico de los cien planes de campaña, allí concebidos ó desde allí desplegados por los cien generales en jefe que tuvieron la mision de concluir la guerra, y de los cuales los noventa y nueve sabe el curioso lector la bienandanza que tuvieron, y del uno restante los peritos juzgarán. La Vitoria de mediados de Agosto indicaba ya sobrado á quien entenderlo quisiera, lo que prometia ser la Vitoria de primeros de Octubre; pero como el gobierno no viajaba por allí, estaba *inocente*. Y miéntras el jefe político, el hermano Manrique, me confiaba sus temores y me manifestaba la crítica posicion en que le tenían los fueristas, Tirabeque debió estar ocupado en bien otro género de observaciones, puesto que vino á interrumpirnos diciendo: «Señor, bien me decian á mí, que en esta tierra encontraria ya otra clase de doncellas en las posadas: estas ya son mas guapas, y mas curiositas, y de mejor genio que las de atras; no tienen mas sino que defienden sus fueros como unas perras.» — Retirate de ahí cuanto ántes, le dije, impertinente: respeta siquiera á este caballero, ya que no me respetes á mí.

Á este tiempo entró tambien el mayoral llamándonos al coche, y aunque sentia igualmente su interrupcion, los mayoresales están facultados para no ser impertinentes, y obedecemos sus órdenes con viajera humildad y religioso silencio.

Pasé rezando completas por Ulibarri-Gamboa; y no habia acabado los maitines de San Bernardo cuando nos vimos en la cumbre de la cuesta de Salinas, así llamada (la villa) de las fuentes y manantiales de sal que á corta distancia de ella brotan en abundancia, y en cuyas fabricas se pueden elaborar hasta millones de fanegas en caso necesario.

Culebreando el coche por entre los montes de Muzru, Arrambizar, Bedoñalarna é Itturichipi (esto indica bien que estamos ya en el país de *turris eburnea*), dimos vista al Mont-Dracón de Don Alonso X, y al Mondragon que fué de Don Carlos, caminando por un terreno sembrado de *geodas* y piedras de águila enclavadas en

las pizarras y capas ferruginosas de que está bordado; dando aquí principio las colinas sembradas de robles, hayas, castaños y manzanos, lino, judías, nabos y exquisitas berzas, alternadas con las casas de campo, fuentes, arroyuelos, deliciosos paseos, molinos harineros y herrerías, movidos la mayor parte por las aguas del Deva. Mi paternidad saludó reverentemente á la patria del famoso historiador de España D. Estéban de Garivay y Zamalloa, que segun las crónicas de familia y la cronología de los apellidos, debió ser uno de mis progenitores maternos, fuera de lo que tengo de Gerundio, miéntras Tirabeque, á quien di noticia de esta relacion de consanguinidad, se dió á buscar el alma de Garivay, que decia deberia permanecer por aquellos sitios, puesto que no la habian querido ni en el cielo ni en el infierno (lo que no quiera Dios suceda con la de este su pobre descendiente); y dejando á un lado los famosos baños de Santa Águeda, donde anualmente concurre la mitad de Madrid, unos á dejar allí sus mórbidos humores, y otros á pasar una temporada de buen humor, nos fuimos dejando deslizar hasta dar vista á la renombrada cuesta de Descarga y á un pueblo que merece

Artículo aparte.

¿Qué buscas, Pelegrin? le pregunté á mi lego, al ver que no hacia sino asomar la cabeza por la ventanilla del coche. — ¿Qué he de buscar, mi amo? me respondió: busco el monumento, que debe ser lo mas curioso de esta villa. — Pero hombre, estamos por ventura ahora en semana santa para andar buscando monumentos? Cuanto mas que los monumentos en este país supongo que estarán en las iglesias, como en todas partes, y en vano intentarias verle desde el camino. — No señor, que este deberá estar en el campo, porque en el campo y no en la iglesia fué donde se dieron el abrazo el hermano Baldomero y el primo Maroto.

Esta contestacion me hizo conocer que el pueblo á que dábamos vista, era VERGARA y el lugar en que nos hallábamos el *Campo del Abrazo*, cuya noticia habia dado á Tirabeque el conductor ántes que á mí. Entónces yo pasé tambien la vista por todas partes á ver si encontraba algun monumento que recordara á nacionales y extranjeros el suceso mas notable y de mas consecuencias que ha acaecido en la época; pero en vano. Uno de tela ó de carton se ha puesto provisionalmente en los dos años que se

ha celebrado en aquel memorable sitio el aniversario del *Convenio de Vergara*, y ni una triste señal se ve, que recuerde al transeunte el acaecimiento prodigioso que cambió la faz de la España y ofreció al mundo un testimonio sorprendente de la hidalguía española. Cuando queramos reprender á los extranjeros su estudiada economía en la promulgacion de nuestras glorias y de nuestros rasgos sublimes, miremos al *Campo del Abrazo*, echémonos á nosotros mismos la culpa y callemos. Á mí tambien me hizo callar el sentimiento y la indignacion.

Pero adelante.

Ya no tuve humor para hablar á Tirabeque del antiguo Seminario patriótico de Vergara, ni de los ornamentos con que celebró la primera misa San Francisco de Borja, que diz se conservan en él, ni de las sierras de Arlaban, que aun recordaria con orgullo el general Córdova, si no hubiera pasado ya al mundo donde le habrán resuelto la cuestion de si fué ó no prudente en no seguir hostilizando al enemigo en la retirada, y si sacó ó no todo el provecho que de la victoria debiera, cosa que cuestionan todavía en este mundo los que dicen que lo entienden. Y con aquel mal humor pasé la cuesta de Descarga; subimos despues á Villareal de Zumarraga, donde nos dieron un mediano desayuno de café, frente á la casa en que el ex-pretendiente (si es que el pobre hombre se ha convencido ya de que puede aplicarse un EX mayúsculo) se llevó algunas temporadas agotando sendos pocillos de chocolate realista de Carácas.

La niebla sostuvo aquel dia una reñida y cruda batalla con el sol, defendiendo aquella obstinadamente los fueros que de muy antiguo ejerce casi todas las mañanas en aquellas provincias, y sustentando este por su parte con no ménos teson sus derechos constitucionales y la facultad de extender sus rayos con *unidad solar* igualmente por todos los ámbitos de la monarquía sin reconocer privilegios ni exenciones. La lucha corrió sus alternativas, inclinándose la victoria ya á un lado ya á otro, como acaecia frecuentemente en años anteriores á los ejércitos contendientes en aquel pais.

En los lúcidos intervalos, ó sea en los ratos en que el sol lograba ventajas sobre la niebla, teníamos ocasion de recrear deliciosamente nuestra vista en aquel pintoresco panorama que forman las colinas y bosques de manzanos agobiados del peso de

la fruta, á guisa de nuestros pueblos agobiados del peso de las contribuciones; en aquellos rientes valles en que crecían los maizales mas espesos que los vicios en la sociedad, y mas verdes que las poesías eróticas de Quevedo y la novela del Barón de F.....; en aquellos riachuelos mas torcidos que la marcha de nuestros gobiernos y mas claros que puede verse nunca la verdad; en aquellos linderos mas bordados que sobrepelliz de capellan de monjas; y en aquellas tierras mas labradas que corazón de pecador arrepentido. Chocábale á Tirabeque el ver las laderas de los cerros cubiertas de lindas Guipuzcoanas, con sus vestiditos aseados de percal, su sombrerito de paja ó su pañuelito de puntas de cuarto de luna á la cabeza, y sus piés desnudos, trabajando la tierra y desmenuzando los terrones. Embelesado iba él de su laboriosidad y su belleza, mientras yo contemplaba con admiración un país trabajado por siete años de guerra civil, y en cuyo aspecto nadie conocería que había habido semejante guerra, ni nadie lo creería si no lo testificasen los partes exagerados de la Gaceta, los infelices mutilados que piden limosna por las calles, los quinientos mil ascensos que ha producido, y los miles de millones que figuran en números arábigos en los presupuestos, y en metálico sonante en las gavetas de los hermanos contribuyentes.

Pelegrin iba de continuo dialogando larga y entretenidamente con los zagales, que vestidos con su blusa azul y su boina encarnada ó celeste, tenían la paciencia de responder con admirable amabilidad á las impertinentes preguntas con que sin cesar los molía, relativas á hechos de la pasada guerra, en que ellos mismos acacia haber sido actores, confesándolo con ingenuidad y franqueza. Á veces le contestaban en un chapurrado misto de castellano y vascuence, de que me pedía á mí interpretación, como si yo pudiera ser expositor de aquella lengua mas que de la que hablan los paisanos de Confucio, aunque hubiera llevado á la mano el diccionario trilingüe, latino, castellano y vascuence, del jesuita Larramendi.

Así fuimos dejando atrás los pueblos de Villafranca, Alegría, Tolosa, Andoain, Urnieta y Hernani, hasta que parámos á comer en Astigarraga, pequeña villa situada en terreno elevado en las riberas del Urumea, y rodeada del monte Santiago. La comida fué abundante, delicadamente condimentada, y servida con el mayor aseo. Á Tirabeque le gustó extraordinariamente la sidra, ó sea vino de manzanas, que nos presentaron, y se embaulaba

vasos que era un alabar á Dios. Pero lo que le gustó todavía mas extraordinariamente fué la hermana Magdalena, que con una especie de plumero ó manojito de tiras de papel, se ocupaba graciosamente en espantar las moscas de los platos de viandas mientras nosotros comíamos, ejemplo que no he podido hacer que siga Pelegrin en la celda en nuestra vida normal. Efectivamente, la hermana Magdalena tenía toda la gracia, finura y amabilidad de una guipuzcoana que merecía bien ocupar en la sociedad una escala ménos humilde; y en sus contestaciones á los requerimientos é interpelaciones que á su modo le dirigía Pelegrin, poseía el talento de las evasivas con una maestría y oportunidad que apetecería ciertamente pará sí un presidente del consejo de ministros para responder á los cargos é interpelaciones de un diputado cargo-faciente é interpelador.

Ménos agradable y halagüeño aspecto presentaba la villa de Urnieta con sus casas quemadas y sus edificios derruidos; rastros y reliquias de la filantropía del hermano O'Donell, que la hizo incendiar con sus casas de campo despues del desastre de Andoain. Ni era mas halagüeño el que ofrecía Hernani, que habíamos dejado un cuarto de legua ántes de Astigarraga. Divisábase á la izquierda el fuerte del alto Oriamentendi: dejámos á la misma mano el camino que conduce á San Sebastian, y subiendo por una larga y penosa línea de cuevas y derrumbaderos, llegámos á Oyarzun, pueblo aseado y alegre, colocado á la falda y junto á las peñas en que concluye el Pirineo occidental, que va descendiendo por aquella parte con una aparente humildad desmentida por los riscos que todavía ostenta orgulloso al modo del gigante caído que nos describe Milton. Circúndanle espesos y vistosos bosques de manzanos, nogales, robles y otras maderas de construcción, y rodéanle huertas de exquisitas frutas, especialmente de peras que se cultivan de cuenta del comun.

Mientras se verificaba el cambio de ministerio de las mulas, yo me entretuve en examinar una lápida que se ve en la pared de la iglesia, en que hay grabadas hondas y lanzas, cuyo emblema pasa para el vulgo por el antiguo escudo de los cántabros; pero Tirabeque se paró ménos en este exámen que en el de juego de pelota, y en verdad no sin razón, pues se tiene por el mejor de Guipúzcoa, y quizá de toda España. Así se lo aseguraba yo á Tirabeque segun las noticias que de él tenía, pero él me replicó: Ah, no señor, eso no; en Madrid tenemos muchos mejores y en que se juega mejor que en este. — Mejores que este! — Sí señor;

tenemos allí seis ministerios, que son otros tantos juegos de pelota, en que se juega con los empleados mejor que pueden jugar aquí los vizcaínos estos, por buenos jugadores que sean.

Aun me duraba la risa de su ocurrencia á la salida de Oyarzun, y hubiérame durado mas, si no me hubieran distraído las agitadas olas del Océano que desde aquellas alturas se divisaban, como presididas por el pueblo de Fuenterrabía que quedaba á la izquierda.

Desde Oyarzun á Irun va el viajero continuamente distraído con una escena que pienso sea original en su clase. De repente ve entrar hasta el interior de su asiento ya la vistosa flor, ya la yerba aromática, ya el racimeto de uvas, que unas veces le caen entre las manos, otras le sacuden en las narices, y otras le tropiezan en un ojo, sin que vea la mano que le dirige tan extraña y agradable fineza. Se asoma á la ventanilla, y se encuentra con un pequeño canastillo pendiente de la punta de una delgada vara que remata en horquilla; el cual contiene ó bien un par de manzanas, ó bien una sabrosa pera, ó bien un melocoton recién arrancado del árbol. Son muchachos de ambos sexos, procedentes de los caseríos, que desnudos de pié y pierna siguen á carrera el coche para ofrecer á los viajeros aquel agasajo con la esperanza y á cambio espontáneo del cuarto ó los dos cuartos que en premio de su fineza se prometen, los unos por verdadera pobreza ó necesidad, y los otros por una especie de vicio ya contraído. Nuevo y tierno modo de pedir que compromete al viajante á un pequeño y gustoso desembolso, si alguna vez no se hicieran ya importunos á fuerza de tanto menudear.

Estamos ya en la *Muy Benemérita y Generosa, Noble y Leal* villa de Irun, que todos estos retumbantes y honrosos títulos mereció de Fernando VII por la gloriosa victoria que el 31 de Agosto de 1813 ganaron 12,000 españoles al mando del general Freire sobre 18,000 franceses mandados por el general Soult en los célebres *Campos de San Marcial* que tenemos á la vista, á tiro y medio de fusil: si bien no es la única batalla que hace las glorias de Irun, pues en el año 1522 en el propio mes de Agosto y en el mismo monte de San Marcel dieron los españoles otra lección igual á otro ejército de franceses y alemanes.

Buena está su casa concejil, pero endemoniado el piso de sus calles. — Los pasaportes. — Tómelos Vd. — Está bien: ¿Llevan Vds. dinero? — Si á Vd. le parece, iremos al extranjero sin él. — Es que tienen Vds. que pagar tres reales por cada mil que Vds.

lleven. — Tome Vd. lo que corresponde. — Vayan Vds. con Dios. — Queden Vds. con el mismo.

Dando tumbos y vaivenes bajámos por la cuesta de Irun, último pueblo de España, hasta las orillas del Bidasoa; y señalando á Tirabeque la pequeña isla de los Faisanes, célebre por el desafío que en ella tuvieron el emperador Carlos V y Francisco I; por haberse efectuado en ella el rescate del Delfin y duque de Orleans, y por los muchos tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y entrevistas de príncipes de ambas naciones que en ella se han hecho; isla hoy de término neutral; llegámos al puente del Bidasoa, mitad español y mitad frances. Permítanme Vds. detenerme un rato en medio del puente, porque tengo algunas cosas que contemplar.

---

## FRANGIA.

---

### El paso del Bidasoa.

Colocado por unos momentos en medio de aquel puente de madera, de 17 arcos, construido el año 23 para que pasaran con mas comodidad y ménos riesgo los cien mil hijos de San Luis que á las órdenes de D. Luis Antonio, duque de Angulema, vinieron aquel año á lo que todo el mundo sabe y yo no puedo olvidar, reparaba yo poco en el curso del Bidasoa, ni me acordaba de sus buenos salmones, ni ménos volvía la vista al pueblo de Andaya que detras de mí tenia, célebre por sus anisetes y aguardientes destilados.

Con el pié izquierdo en territorio frances y el derecho en término español, pintábaseme en la retina del ojo derecho el centinela español con su chaquetita remendada y su desvaída y humilde gorrilla de cuartel, miéntras me estaba hiriendo la pupila del izquierdo la casaca nueva y el morrion de gala del centinela frances, separados uno de otro casi por el corto espacio que entre mis dos gerundianas piernas mediaba; haciendo la cabeza un cuarto